

## INTRODUCCIÓN

Cierra los ojos e imagina...

Imagina un atardecer de otoño en una isla, cerca de la costa. Un paraje indómito, entre robles, rocas y acantilados. Dos hombres miran fijamente la copa del árbol más alto y frondoso. Todo es calma, los ruidos nocturnos aún no han llegado a ese rincón de la isla. De repente, un estallido de luz comienza a descender lentamente entre las hojas del majestuoso árbol. Se trata de un pequeño objeto que, tocado por los últimos rayos del sol poniente, brilla como una bola de oro bruñido. ¡Es un escarabajo dorado!

Sigue imaginando... Ya es noche cerrada. En un castillo abandonado, perdido en medio de los Apeninos, un hombre malherido contempla fascinado el bello retrato de una muchacha que, desde la pared, le devuelve la mirada.

A continuación trasládete a una pequeña estancia de un apartamento de París. Allí encontrarás a dos hombres plácidamente sentados, disfrutando de la confianza que otorgan largos años de amistad, rodeados de silencio y penumbra,

e indiferentes a la tormenta que se ha desatado fuera. De pronto se abre la puerta y aparece un oficial de la policía parisina.

Ve más lejos todavía... Ahora estás en una gran mansión de Harlem. Un hombre yace en su lecho de muerte, rodeado de hombres de ciencia. Está a punto de ser magnetizado.

Y sin abrir los ojos aún, pregúntate: ¿qué día es hoy? ¿Domingo? ¿En qué parte del planeta?

Estas son algunas de las imágenes que sugieren los relatos reunidos en este volumen, historias de aventuras y misterio, divertidas y escalofriantes, escritas hace más de ciento cincuenta años por Edgar Allan Poe, el autor que, jugando con nuestros miedos y fantasmas más ocultos, nos invita a entrar en su particular universo.

Poe se enorgullecía de la gran variedad de temas que había tratado en sus obras. Las narraciones aquí recogidas constituyen una muestra representativa de la diversidad de sus argumentos, al tiempo que dan fe de la gran influencia que el escritor ejerció sobre obras y géneros literarios posteriores.

La selección comienza con una de las narraciones más populares del mundo: «El escarabajo de oro». El tema principal del relato no es muy original, ya que bastantes historias de la época tienen un argumento similar, el hallazgo de dinero o de tesoros; lo que sí es original, sin embargo, es el tratamiento que le da Poe. El autor presenta un relato que rápidamente atrae la atención del lector, que lo seduce con la idea del escarabajo como presencia sobrenatural, y lo mantiene en suspenso hasta el final. En esta narración

también tienen cabida dos grandes pasiones de Poe, como sus profundos conocimientos de historia natural y su interés por la criptografía, el arte de escribir con símbolos secretos.

Poe se inspiraba en hechos reales, en personas y situaciones conocidas, en lecturas y objetos que le hubieran llamado la atención. Así, en la historia de «El escarabajo de oro», encontramos referencias a dos elementos reales de los que el autor se sirve para crear la atmósfera de misterio que acompaña a la narración. Por un lado, los restos de un naufragio, ya que unos sesenta años antes del nacimiento de Poe, un bergantín español, el *Cid Campeador*, había naufragado frente a la costa en la que tienen lugar los hechos; y por el otro, la figura del pirata que firma el pergamino. El pirata Kidd está inspirado en un personaje real, el famoso capitán William Kidd, que durante el siglo XVIII pasó de luchar contra los piratas a convertirse en uno de ellos. Su captura, condena y ejecución –tuvieron que colgarlo dos veces, ya que la soga se rompió–, sirvieron para popularizarlo mediante leyendas y canciones. Y pese a que algunos de sus botines pudieron recuperarse, se decía que aún quedaban tesoros escondidos.

Los protagonistas de la historia son dos amigos, hecho habitual en las narraciones de Poe. Uno hace de narrador, transmitiéndonos sus miedos e inquietudes y permitiéndonos ser espectadores privilegiados de sus pensamientos; el otro representa la mente analítica, el personaje que hace los descubrimientos y el que halla las soluciones a los enigmas.

Con «El escarabajo de oro», Poe ganó un concurso literario que, además de permitir al autor embolsarse los cien dólares del premio, contribuyó a la rápida difusión del relato y le dio fama en todo el mundo, ya que se tradujo, editó y adaptó para el teatro en vida del propio Poe.

«La carta robada», el segundo relato de esta selección, fue considerado por el propio Poe la mejor de sus narraciones de deducción. Volvemos a encontrar un narrador y una mente analítica, en esta ocasión representada por C. Auguste Dupin, precursor e inspirador de célebres detectives de la literatura como el Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle y el Hércules Poirot de Agatha Christie.

El argumento de la historia es puramente intelectual, de razonamiento. No existe ningún elemento turbador o sobrenatural, como en otras obras de Poe, sino que la narración se basa en el juego de dos mentes: el detective adivina las intenciones del delincuente intentando ponerse en su piel y pensar como él. La historia nos atrapa, aunque de entrada el misterio ya está resuelto, ya se sabe quién es el ladrón, cómo se ha producido el robo y que la carta sustraída aún se halla en casa del delincuente. Los hechos del delito, tal como afirma el propio Dupin, son simples y evidentes. Pero no puede decirse lo mismo de la personalidad del detective. Dupin se identifica con el delincuente, entre ambos se observa un vínculo, una complementariedad, y el detective utiliza este hecho para llevar a cabo su venganza personal.

El relato fue muy bien acogido por el público, que sin prestar atención a la oscura personalidad del detective, sintió admiración por el proceso deductivo que lleva a la

resolución del problema. Poe restó importancia a la buena acogida del relato alegando que el público simplemente se sentía atraído por la novedad del tema tratado, no por la calidad de la historia, y que no tenía mérito alguno que un autor resolviera, mediante un proceso deductivo, un problema que él mismo había planteado.

La tercera narración, «El retrato oval», nos presenta uno de los temas recurrentes de Poe, a menudo presente en sus poemas: la muerte de una mujer joven y bella. No obstante, en esta ocasión la intención del autor no es transmitir al lector el sentimiento de dolor y frustración que este hecho provoca, sino que, al desarrollar la historia del proceso de creación del cuadro, el escritor juega con la idea de que el espíritu puede vivir encerrado dentro de una imagen y que el artista, al crear esta imagen, deja a la persona sin alma y, por lo tanto, sin vida. Ahora bien, como el narrador de la historia es una persona debilitada por el dolor y la fiebre, el lector se queda con la duda de si lo que está leyendo no es más que la pesadilla de un hombre delirante.

Al igual que demás obras de Poe, «El retrato oval» se presta a una lectura autobiográfica. La muchacha del cuadro está celosa del arte de su marido, de su dedicación obsesiva y enfermiza a la pintura; asimismo, Virginia, la joven esposa de Poe, tampoco entendió ni mostró jamás interés alguno por la pasión de su marido por la poesía.

El tema de la relación entre una persona y su doble o su imagen fue tratado por Poe en otros relatos. De hecho, es un argumento que podemos hallar en otras obras literarias,

y que inspiró, entre otras, la novela *El retrato de Dorian Gray*, escrita por Oscar Wilde ochenta y dos años después del nacimiento de Poe..

En «La semana de tres domingos» encontramos a un Poe juguetón, divertido e irónico. El narrador de este relato nada tiene que ver con los personajes sombríos y atormentados de sus historias de terror. Se trata de una sencilla y divertida comedia romántica con un final feliz que inspiró el interesante desenlace de *La vuelta al mundo en 80 días*, la célebre novela de Jules Verne.

Poe saca provecho de la paradoja que se puso de manifiesto por vez primera en el siglo XVI, con la expedición de Magallanes y Elcano para circunnavegar el globo terráqueo. Cuando los supervivientes de la expedición completaron el viaje se dieron cuenta de que, pese a haber anotado cuidadosamente las fechas en sus cuadernos de navegación, iban retrasados un día con respecto al calendario del lugar en el que habían atracado: para ellos era miércoles, mientras que en tierra firme era jueves. De haber hecho el viaje en dirección este habría pasado justo lo contrario; es decir, se habrían anticipado un día. En la época de Poe, los periódicos publicaron no pocos artículos sobre esta curiosa paradoja del calendario.

Pero paralelamente, la narración también presenta, por un lado, elementos irónicos, como por ejemplo la alusión al doctor Dubble L. Dee, referencia satírica a un conocido profesor universitario muy popular por sus conferencias sobre temas científicos, pero al que Poe consideraba un charlatán; y por el otro, elementos autobiográficos, ya que

la situación del narrador es muy parecida a la de Poe: ambos son huérfanos y han crecido bajo la protección de un tutor rico y avaro con el que no mantienen una buena relación, y tanto el autor como su personaje se acaban casando con una prima muy joven.

En el último de los relatos de este volumen, «La verdad sobre el caso del Sr. Valdemar», Poe aprovechó ciertas creencias seudocientíficas de la época para crear una escalofriante narración en la que se experimenta con el proceso de la muerte. Los lectores creyeron que el relato era verídico y a su alrededor se creó mucha expectación y sensacionalismo. La sociedad de entonces seguía con interés los experimentos que se llevaban a cabo para aliviar el dolor físico (en esa época se hicieron los primeros ensayos con anestesia), y por tanto estaba preparada para creer en ellos. Poe se sorprendió con la repercusión popular de su relato, aunque su intención había sido producir una sensación próxima al realismo, cosa que consigue mediante el uso de detalles accesorios y de un vocabulario técnico y científico.

El procedimiento que utiliza el narrador para experimentar con el hombre moribundo se basa en el mesmerismo o magnetismo animal. Utilizando fuerzas magnéticas, el experimentador hipnotiza al paciente y suspende el proceso natural de la muerte. En este relato, el moribundo permanece inmóvil; tan sólo habla, y su voz nos llega de lejos, como si surgiera de una caverna, cosa que sugiere que la muerte es un viaje hacia abajo, un descenso.

Un amigo de Poe describió esta narración como «el relato de ficción más detestable, verosímil, horrible, esca-

lofriante, espantoso e ingenioso que jamás haya concebido o escrito una mente».

Así pues, si estás preparado/a para sorprenderte, ahora sí, abre bien los ojos, y ya puedes adentrarte en el universo de Poe.

M. PILAR GIL

Providence, 19 de enero de 2009

## EL ESCARABAJO DE ORO

¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad! ¡Este tipo baila como loco!  
Le ha picado la tarántula.

Todo equivocado

Hace muchos años, trabé amistad con el señor William Le-grand. Era de una antigua familia hugonote<sup>1</sup> y, aunque había sido en tiempos rico, una serie de infortunios le habían reducido a la miseria. Para evitar la vergüenza consiguiente a sus desdichas, abandonó Nueva Orleans, la ciudad de sus antepasados, y fijó su residencia en la isla de Sullivan, cerca de Charleston (Carolina del Sur).

Se trata de una isla muy singular. Consiste en poco más que la arena del mar, y tiene unas tres millas de longitud. Su anchura no excede en ningún punto el cuarto de milla. La separa del continente un canal casi inapreciable, que atraviesa un laberinto de juncos y cieno, morada favorita de las gallinetas. La vegetación es escasa, como cabe suponer, o al menos enana. No hay árboles de ninguna magnitud a la vista. Cerca del extremo occidental, donde se alza Fort

1. Hugonotes: protestantes franceses de los siglos XVI y XVII seguidores de Calvino, muchos de los cuales abandonaron su país para escapar a la persecución.

Moultrie, y donde hay algunos míseros edificios de madera, que alquilan en verano los que huyen del polvo y la fiebre de Charleston, se puede encontrar, ciertamente, palmito espinoso; pero la totalidad de la isla, con la excepción de esta punta occidental y una línea de playa blanca y firme en el litoral, se halla cubierta por una densa espesura de ese mirto oloroso que tanto aprecian los horticultores de Inglaterra. Ese arbusto, que suele alcanzar aquí quince o veinte pies de altura, forma un bosquecillo casi impenetrable que impregna el aire con su fragancia.

En lo más oculto y apartado de este bosquecillo, no lejos del extremo oriental o más remoto de la isla, Legrand se había construido una pequeña cabaña, en la que vivía cuando, por pura casualidad, le conocí. La relación se convirtió pronto en amistad, ya que había mucho en aquel ermitaño que podía despertar interés y estima. Me pareció muy culto, con una inteligencia excepcionalmente dotada, pero contagiado de misantropía<sup>2</sup>, y víctima de perversos estados de ánimo alternativos de entusiasmo y de melancolía. Aunque tenía muchos libros, hacía poco uso de ellos. Sus principales distracciones eran la caza y la pesca, o pasear por la playa y entre los mirtos, en busca de conchas o especímenes entomológicos (su colección de estos últimos podría haber despertado la envidia de un Swammerdam<sup>3</sup>). En estas excursiones solía acompañarle un viejo negro, llamado Júpiter, que había sido

2. Misantropía: aversión al trato humano.

3. Jan Swammerdam (1637-1680). Naturalista y zoólogo holandés.

manumitido<sup>4</sup> antes de los infortunios de la familia, pero al que ni las amenazas ni las promesas habían podido inducir a renunciar a lo que él consideraba su derecho a seguir los pasos de su joven «Amo Will». No es improbable que los familiares de Legrand, considerando que estaba un tanto desequilibrado mentalmente, se las hubiesen arreglado para inculcarle esa obstinación, con vistas a la supervisión y custodia del vagabundo.

Los inviernos no suelen ser muy rigurosos en la latitud de la isla de Sullivan, y es un hecho bastante raro que se considere necesario encender el fuego en otoño. Hacia mediados de octubre de 18... , sin embargo, hubo un día notablemente frío. Poco antes de ponerse el sol me abrí paso entre el follaje hasta la cabaña de mi amigo, a quien hacía varias semanas que no visitaba. Yo vivía por entonces en Charleston, a nueve millas de la isla, y los medios de transporte para ir y volver eran muy inferiores a los de la época actual. Cuando llegué a la cabaña, llamé como de costumbre y, al no obtener respuesta, busqué la llave donde sabía que estaba escondida, abrí la puerta y entré. Ardía un fuego espléndido en la chimenea. Era una novedad, y no precisamente desagradable. Me quité el abrigo, acerqué un sillón a los troncos chisporroteantes y aguardé pacientemente la llegada de mis anfitriones.

Llegaron poco después de oscurecer y me dieron una cordialísima bienvenida. Júpiter, que sonreía de oreja a oreja, se apresuró a preparar unas gallinetas para la cena.

4. Manumitir: conceder la libertad al esclavo.